TEODOSIO CABADA GONZÁLEZ PRADA, UN ILUSTRE PERUANO

Contralmirante
Federico Salmón de la Jara

Origen, época, lugares, entornos, familia, circunstancias y personales aptitudes, determinan, ciertamente, la imagen y obra de todo hombre, así como la huella de su paso por la vida. El hombre es el protagonista esencial en la historia de nuestra Patria, historia que esta ilustre Academia cultiva y promueve desde su creación como Instituto Histórico del Perú, hace ya casi un siglo. Creo que en el caso de TEODOSIO CABADA GONZÁLEZ PRADA se cumplen cabalmente todas estas condiciones cuando se intenta hacer un breve recuento de su brillante personalidad y su polifacética obra a lo largo de su existencia.

Marino, geógrafo, abogado, catedrático universitario, diplomático, poeta, empresario exitoso, agregaba a todos estos aspectos, un señorío innato en el más puro sentido de la expresión.

Manuel Cabada Inurritegui, militar español, llega al Perú a fines del siglo XVIII y se afinca en la legendaria ciudad de Cajamarca, epílogo del Imperio Incaico, iniciando el rasgo biográfico de los Cabada. De este tronco nacerían las ramas enteramente peruanas, cuyos descendientes honraron, sin solución de continuidad, origen, épocas, lugares y apellido. El primer Cabada que arriba a suelo peruano es tatarabuelo del personaje que esta noche he de enaltecer. Su bisabuelo, Mariano Cabada, nace en 1810 y es el primer contribuyente de la ciudad en favor de la causa libertadora de Bolívar. Eulogio Cabada Zaldívar, hijo, a su vez, de Mariano, muere el 15 de enero de 1881 defendiendo Lima en la batalla de Miraflores. Sus restos reposan en la Cripta de los Héroes. Su hermano Wenceslao Cabada Zaldívar, teniente de artillería de Marina, combate a órdenes del capitán de navío Manuel Villar en la batalla naval de Abtao, integrando la dotación de la fragata "Apurímac", buque insignia de la escuadra aliada. Así, abuelo y un tío abuelo

de Teodosio Cabada González Prada, engalanan páginas inmarcesibles de la historia del Perú. Su padre, Teodosio Cabada Revoredo, casado en Lima con Mercedes González Prada, es oficial de Marina nacido el 30 de marzo de 1871 y graduado guardiamarina en febrero de 1893, se establece en el muy limeño barrio de Bajo el Puente, y es precisamente en uno de sus más típicos rincones, conocido como "El Molino de los Revoredo", al pie del río hablador, donde llega al mundo, un 16 de marzo de 1896, el ilustre peruano cuya apología pretendo exponer, modestamente, ante tan selecto auditorio.

Teodosio Cabada González Prada nace el 16 de marzo de 1896, un año después del crucial 95. Es bautizado en la parroquia de San Lázaro, el 30 de mayo, con los nombres de Toribio Juan Teodosio. Gobierna el país el Presidente Don Nicolás de Piérola. El joven Teodosio hereda dos apellidos con abolengo histórico y político literario. Su abuelo materno fue Manuel González Prada, el radical disidente de nuestra historia. Curioso caso de probables diferencias entre abuelo y nieto. Sin embargo podríamos asegurar que Teodosio Cabada, marino de corazón, debió leer con toda emoción en "Las páginas libres" de su díscolo antecesor, la rotunda afirmación sobre el Almirante Grau, "... *Epocas hay en que todo un pueblo se personifica en un solo individuo.El Perú de 1879 no era Prado, ni La Puerta, ni Piérola. Era Grau. Todos volvían los ojos al Comandante de la nave, todos le seguían con las alas del corazón*". La generación del padre vive y sufre las tristes consecuencias de la Guerra del Pacífico durante gran parte de su carrera naval. Si bien por su condición de oficial de Marina, es ajeno a toda militancia política, su hijo Teodosio, conforme transcurren los años, va percibiendo, durante sus años de estudios en primaria y secundaria en el Colegio Nacional del Callao, dirigido por Horacio H. Urteaga, la contínua inestabilidad de los cortos periodos gubernamentales de los Presidentes López de Romaña, Candamo, José Pardo y Augusto B. Leguía, en sus primeros periodos de mando, así como el de Guillermo Billinghurst. Quizá inicia, en esos años, su inclinación a investigar en la historia política del país, sin militancia en ella, actitud que mantiene firmemente durante toda su vida.

Siguiendo la estela y el ejemplo del padre, ingresa como alumno a la Escuela Central de Marina, entonces ubicada en Bellavista, el 1ro. de marzo de 1912. Tres años después, y ya en el nuevo local de La Punta, con el nombre de Escuela Naval del Perú, recibe el 2 de enero de 1915, el diploma de Aspirante de Marina y es el Presidente José Pardo quien le hace entrega del despacho y la espada de Guardiamarina, el 1ro. de febrero de 1917. Había cumplido la primera etapa de su vida profesional e iniciaba una carrera que amó profundamente en todos los momentos y circunstancias. Conformó una promoción constituida por un connotado grupo de oficiales que alcanzarían prestigio y los más altos grados durante su trayectoria en la Armada. Teodosio Cabada, a quien sus compañeros llamaban "Toto", ganó desde el primer día, el cariño especial de quienes, con él, iniciaron la carrera, afecto que era fácil observar también por todos los jefes y oficiales de las distintas promociones.

Desde guardiamarina hasta teniente 1ro., Cabada prestó sus servicios embarcado en diferentes unidades de la Escuadra, Capitanías y dependencias

de tierra. A bordo del transporte "Iquitos" realizó un largo viaje de práctica. El año 1922, por disposición del Ministerio de Relaciones Exteriores y junto a muy destacados Jefes de Marina, integra la Comisión demarcadora de límites con el Brasil. Siendo teniente 2do. y guiado por su innato afán de aumentar sus conocimientos en los campos de la cultura y la educación, ingresa a la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, alternando, en notable esfuerzo, los estudios universitarios con sus obligaciones de oficial de Marina. Con él ingresaron Geraldo Arosemena Garland, Jorge Basadre, Carlos Asturrizaga, Pedro de Osma, entre otros futuros catedráticos o profesionales del derecho. Ya en San Marcos, Cabada discurre con destacados estudiantes y profesores, con muchos de los cuales, en brillante etapa de esa vieja casa de estudios, ejercería, años después la docencia en diferentes ejercicios con notable éxito.

En el año 1926, el joven oficial es llamado a desempeñar las funciones de Edecán del Presidente de la República Augusto B. Leguía; y, caso posiblemente inédito, el Jefe de Estado le asigna obligaciones dentro de su secretaría privada, cargo que cumple con excepcional celo y eficiencia. El 22 de agosto de 1930, se produce en Arequipa el golpe de Estado encabezado por el Comandante Luis M. Sánchez Cerro, que da lugar a la renuncia del Presidente el domingo 24. El teniente 1ro. Teodosio Cabada, edecán del Presidente depuesto, demuestra su hondo sentido del honor y del cumplimiento de sus deberes aun en las más difíciles circunstancias, dando prueba de lealtad, valor y pundonor al permanecer a su lado hasta el último momento de su gobierno y durante los amargos días que seguirían al derrocamiento. Dice Jorge Basadre en su magistral Historia de la República: "... por una puerta lateral, sin que fuera reconocido por la gente inquieta que se veía en las calles, (Leguía) abandonó para siempre la Casa de Gobierno y partió para embarcarse en el Callao, en el "Grau" que debía conducirlo a Panamá. En medio de la traición de algunos, del abandono de otros, y de la pasividad de muchos, se destacó la lealtad de unos pocos, entre los que estuvo su edecán, el oficial de Marina Teodosio Cabada que lo acompañó en esos momentos".

La Marina, que tradicionalmente no intervino en el juego de la política y los movimientos partidarios, guardaba especial reconocimiento a la obra del Presidente Leguía en favor de la Institución. El 13 de octubre de 1920, mediante la Ley Nro. 4003 expedida por la Asamblea Nacional, creó el Ministerio de Marina, independizándola del Ministerio de Guerra, se abrió la oportunidad de sucesivos crecimientos de su presupuesto, posibilitando la modernización de sus antiguas unidades de superficie. Contrató una Misión Naval Norteamericana que ejercería una profunda transformación en su organización y educación profesional más al día. Se adquirieron los cuatro submarinos tipo "R" que representaron una nueva arma cuyo valor y prestigio se ha ido acentuando año tras año. A su llegada a bordo, el "Grau" izó la insignia presidencial y el buque zarpó rumbo al Norte. Acompañaban al Presidente depuesto, su edecán, el teniente Cabada, y Juan Leguía, hijo del mandatario.

Hay, en este momento, una circunstancia de honda emotividad, el capitán de navío Teodosio Cabada Revoredo, pa-

dre del Edecán Naval era en esa fecha Capitán de Puerto del Callao e Inspector de Capitanías, y en tal condición despide, en las gradas del Muelle de Guerra, mudas testigos del paso de legendarias figuras de nuestra historia, a su hijo y al depuesto Presidente.

Como es sabido, no obstante las órdenes del gobierno revolucionario dadas a las fuerzas de aviación de Las Palmas, de atacar al crucero, éste navega durante más de diez horas alejándose del Callao, pero se ve obligado a regresar al presentarse un serio peligro a la vida del ex Presidente al manifestársele un cuadro de retención de orina con posibilidades de uremia. Por segunda vez, la Marina se veía envuelta en una grave responsabilidad.

En 1923, encontrándose los buques de la Escuadra en la bahía de Paita, Augusto Durand, fogoso político rebelde al gobierno del Presidente Leguía, tuvo su última aventura revolucionaria al arribar furtivamente desde Guayaquil. Hecho prisionero tras ser descubierto escondido en una casa del puerto, fue embarcado seriamente enfermo, en el crucero "Almirante Grau". Se le instaló en la Cámara del Comandante, zarpando el crucero con rumbo al Callao. No obstante todos los cuidados y asistencia médica, falleció en plena navegación como consecuencia de una hernia diafragmática estrangulada del estómago, originada por un balazo recibido en un movimiento revolucionario en Huánuco, cuatro años antes. El Dr. César Valdez, médico del buque tuvo, a su cargo al político prisionero dándole el debido tratamiento de urgencia. El "Grau" fondeó en el Callao con el pabellón a media asta.

Retirado del servicio activo a su solicitud, debido a una miopía que se agudizó con los años, Teodosio Cabada siguió prestando el concurso de su capacidad profesional a la institución que lo formara y que tanto enalteció. Así lo hizo como Abogado Defensor y Fiscal de la Zona Naval de la República, como profesor de Historia Universal en la Escuela Naval y de Historia Naval e Historia de la Cultura en la Escuela Superior de Guerra Naval. También sirvió asesorando a varios ministros de Marina.

Reabierta la Universidad de San Marcos, al promediar la década del 30, al lado de Horacio Urteaga, dictó el curso de Historia de la Civilización Antigua y Media en la Facultad de Letras. Fue, después, Catedrático Principal de Historia de la Civilización Moderna y Contemporánea en la misma Facultad y Catedrático titular de Historia de la Cultura. En 1932 optó el grado de bachiller en Derecho con una tesis sobre "Derechos hereditarios de los parientes colaterales ilegítimos en las sucesiones intestadas".

En 1936 obtuvo el doctorado en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con su estudio "Ensayo interpretativo y expositivo de la historia del Perú, durante el Gobierno del General Vivanco en 1843". Tesis que demostró su vasta erudición y su calidad de minucioso investigador. En este notable trabajo, encerrado en casi trescientas páginas, Cabada insiste sobre la importancia del conocimiento de la historia del Perú, en una época posterior al término de la Confederación Perú-Boliviana. Al referirse a esta histórica etapa, señala que el tema se encuentra enmarcado dentro de la época convulsiva de nuestra historia republicana, que se denomina De la Anarquía Militar; indicando que este concep-

to es realmente restringido, pues un estudio más profundo de nuestra historia debe calificarse, en general, como época anárquica, a la transcurrida desde que San Martín renunció al Protectorado, en setiembre de 1822, hasta la toma del mando legal de Piérola en 1895, haciendo excepción con el Gobierno del General Castilla. Al analizar la figura de Vivanco, llega a la conclusión que fue, más que un caudillo, un alucinador de multitudes. Fenómeno político que creo, muy personalmente, hemos visto repetir en muchas etapas de nuestra historia republicana, hasta los días más cercanos. El material eurístico que Cabada utiliza en su tesis, incluye el análisis de más de veinte historiadores, asicomo no menos de quince trabajos publicados en distintas revistas y periódicos. El 14 de mayo de 1934, con los más altos calificativos, se recibe de Abogado.

Personalmente, y ruego perdonar la inelegancia de emplear el pronombre en primera persona, tuve distintas ocasiones, separadas por el tiempo y las diferencias de edad y antigüedad en el servicio naval, de tratar con Teodosio Cabada, quien con el correr de los años, me brindara una amistad diáfana y cordial, actitud peculiar en él. En los años 28 y 29, quienes, Cadetes Navales, formábamos en el Patio de Honor de la Escuela Naval de La Punta, para la ceremonia de clausura del año lectivo presidida por el Presidente Leguía, sentíamos en nuestras jóvenes mentes un efecto característico en el proceso de formación para la carrera naval. Nos impresionaba la impecable figura del Edecán Naval, que, terminada la ceremonia oficial, dejaba la Cámara donde se atendía al Presidente, para acercarse a nosotros, preguntar por nuestros nombres y cambiar cortas impresiones. Fue mi primera aproximación a él. Transcurrieron los años y hubieron, repito, distintas oportunidades que nos acercaron, permitiéndome apreciar su calidad humana y honda cultura.

En agosto de 1948, llegó a Lima, en misión oficial el almirante español Indalecio Núñez Iglesias, ilustre historiador naval. Se cumplía el VII Centenario de la Conquista de Sevilla por el Rey San Fernando, hecho trascendental de la baja Edad Media en la Reconquista cristiana, coincidiendo, en el mismo escenario, con la fundación de la Marina de Castilla. Por tanto, la Marina española celebraría setecientos años de existencia. El Almirante Núñez venía a invitar a nuestra Marina para participar con un buque de nuestra Escuadra en los actos celebratorios, invitación que extendió a todas las marinas de los países iberoamericanos. Fue designado el B.A.P. "Teniente Gálvez", fragata que tenía yo el honor de comandar. Arribaron a Sevilla buques que representaban a once marinas de Sudamérica, del Caribe y del Portugal. José Luis Bustamante y Rivero era el Presidente del Perú y Raúl Porras Barrenechea nuestro embajador en España. Fernando Castiela y Maiz, poco tiempo después, ministro de Relaciones Exteriores del General Franco, era embajador en Lima.

El ministro de Marina, contralmirante Mariano H. Melgar, el contralmirante Arturo Jiménez Pacheco y el capitán de fragata Teodosio Cabada, designado Secretario de la Misión, viajaron por vía aérea a la capital de Andalucía. En uno de los más trascendentales actos llevados a cabo en esa ocasión, el Comandante Cabada, elegido tan sólo tres días antes para representar a todas las naciones concurrentes, en el

propio Convento de la Rábida, ante el Jefe de Estado, Generalísimo Francisco Franco, Ministros, Embajadores, el Presidente de la Real Academia de la Historia, José María Pemán, y los más altos representantes de la cultura española, dictó una magistral conferencia sobre la historia del descubrimiento de América y sus antecedentes, discurso que causó admiración por la hondura y conocimiento del tema. Días después, navegando sobre las aguas del Guadalquivir, en la ría de Palos de Moguer, en el Puerto de Huelva, frente a la desembocadura de los ríos Tinto y Oriel, Teodosio Cabada, marino ante todo, nos hablaba con admirable sabiduría del trajinar de los navíos, los bergantines, fragatas y carabelas en la carrera de las Indias, de los naufragios que llevaron al fondo de los mares Atlántico, Caribe y el Pacífico los valiosos tesoros extraídos del suelo peruano, del implacable ataque de los buques corsarios sobre el mar de los caribes. De los hundimientos en los bajos cercanos a Cádiz, las Barras de San Lúcar o en las mismas aguas del Guadalquivir, donde al pie de la Torre del Oro, acoderó nuestro buque, en ostensible distinción.

Guardo especial recuerdo de su paso por la Escuela Superior de Guerra Naval, cuando tuve el honor de ser su Director. Con el más grande cariño y devoción, aceptó mi invitación para que dictara un ciclo de conferencias. Ante el unánime interés y admiración por la profundidad de sus clases, el Comandante Cabada cautivó a los miembros de la planta orgánica y jefes alumnos del curso, al hablarnos sobre la civilización como el objeto propio del estudio de la historia, donde "una civilización" es una especie de sociedad. Citaba a los clásicos autores anteriores a Toynbee desde Herodoto y Plutarco, entre los griegos, pasando por los historiadores de la Edad Media y los del Renacimiento hasta Spengler y su diferencia conceptual con las anteriores teorías. Describía, con verdadera pasión, las civilizaciones irania, árabe, hindú, helénica, la china, siria, egipcia, la polinesia, esquimal, maya, los sumerios, etc., comparándolas con nuestra civilización andina. De ella decía estar muerta o enterrada, llegando a la conclusión de que una minoría creadora, se vió obligada a emplear de una manera creciente, el poder y la fuerza para controlar el proletariado interno, creando una especie de Estado Universal, para preservarse ella misma y extender el Imperio Incaico.

Su vocación por la enseñanza y difusión del mayor conocimiento de la historia, especialmente la del Perú, lo llevó a dictar cursos en otros centros de instrucción, particularmente a los de las Fuerzas Armadas. Así, en la Escuela Naval fue profesor de Historia Universal y del Perú, para la sección Aspirantes, y de Historia Naval para los Cadetes de los últimos años. Sus alumnos, muchos de ellos Almirantes en el retiro, recuerdan, sin excepción, el interés que sabía transmitir a sus clases y su calidad innata de profesor. En la Escuela de Aviación de Las Palmas dictó el curso de redacción castellana y militar. En el Instituto Pedagógico Nacional tuvo a su cargo la cátedra de Historia Crítica del Perú.

Al revisar documentos y archivos, es realmente difícil detallar las muchas misiones, tareas y trabajos que emprendió, ya sea al servicio de la actividad universitaria o en los organismos internacionales donde le tocara actuar. En junio de 1948, presentó al Decano de la

Facultad de Letras, José Jiménez Borja, el plan y la relación de los catedráticos que escribirían la Historia de la Universidad de San Marcos. Al constituirse el Instituto de Historia de la Facultad de Letras, fue designado Presidente del nuevo organismo, integrado por Luis A. Valcárcel, Felipe Cossio del Pomar, Carlos Daniel Valcárcel, Alberto Tauro, Jorge Basadre, Javier Pulgar Vidal, Andrés Towsend, Raúl Porras Barrenechea, Roberto Mac Lean, Julio C. Tello, Ella Dunbar Temple, José M. Valega y Víctor Dávila.

En 1946, asistió a la acreditada "Ecole de Chartes de la Sorbonne", completando sus estudios sobre las Instituciones e Historia Medioeval. Antes, siguió, en la Universidad de Stanford, California, un curso sobre Historia del Perú (Conquista y Cultura peruana) en el Departamento de Lenguas Romanas.

Fue delegado de la Universidad de San Marcos ante las Universidades de La Plata y Tucumán. Presidente de la delegación en las reuniones Décima, Undécima, Duodécima y Décima Tercera del Congreso Económico, Social y Cultural de las Naciones Unidas, entre 1950 y 1951. Delegado del Perú ante el Consejo Económico y Social de la Organización de los Estados Americanos. Delegado ante la Comisión de la Organización de las Naciones Unidas. Presidente de la delegación del Perú ante la Conferencia del Trabajo en La Habana. Delegado de la Facultad de Letras en diversas comisiones, como el Patronato Nacional de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Congresos de Historia y Geografía, y Representante ante la Comisión General sobre Planeamiento y Urbanismo de Lima. Al crearse la Sección de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana, recibió la misión de preparar un estudio sobre la condición de la clase media en la América Latina. Asombra realmente la capacidad de trabajo y la entrega sin límites, que Cabada demuestra en esta simple relación, cuya fundamentación bien merece la publicación de su biografía, para ejemplo de las generaciones de hoy.

Dije, al comenzar mis palabras, que Teodosio Cabada fue un hombre de múltiples actividades, y si bien, a los dieciseis años de edad, al ingresar a la Escuela Naval, dedica sus primeros estudios a las ciencias de las matemáticas, la astronomía, la navegación, manejo marinero, arquitectura naval, artillería, táctica, estrategia y demás cursos que llevan a la formación de un Oficial de Marina y, como tal, sirve a bordo de los buques de nuestra Escuadra y navega en viajes de práctica por mares de otros continentes. Muy joven aún y con sólo el grado de alférez de fragata, es llamado por el Ministerio de Relaciones Exteriores para formar parte de la Comisión encargada de trazar los límites con el Brasil, delicada y sacrificada misión que cumple en la selva peruana, a órdenes de uno de nuestros más brillantes Almirantes: Federico Díaz Dulanto, trabajo que lo lleva a incursionar en la geodesia, ciencia que, con los rudimentarios instrumentos astronómicos de esa época, requería de laboriosas observaciones y cálculos de máxima precisión,dándole además la oportunidad de trabajar al lado de Bras Díaz de Aguiar, marino y geógrafo brasilero, que muchos años más tarde. jugaría un papel trascendental en la historia de los límites de nuestra Patria.

Sería, después, destacado alumno y profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, cuya primacía en antigüedad en América inteligente-

mente trató en ocasión de celebrarse su IV Centenario, al escribir en un artículo publicado por el diario La Prensa "...que si bien los peruanos sostenemos que es la de Lima, nunca polemizaremos al particular, pues si la historia se interesase en enjuiciar este problema, tiene a su disposición la más convincente de las pruebas o sea la documental".

Ya eminente profesor en la Universidad que lo formó, fue Catedrático de Historia Antigua y Media en la Facultad de Letras. catedrático de Historia de la Civilización Moderna y Contemporánea y de Historia de la Cultura Universal (curso avanzado). Fue, además, Presidente de la Comisión de Fomento de la Investigación en la propia Universidad.

Durante su largo paso por San Marcos, Cabada alterna con hombres de la dimensión de Jorge Basadre, José Jiménez Borja, Aurelio Miró Quesada, Luis Valcárcel, Horacio Urteaga, Julio C. Tello, Enrique Barbosa, Augusto Tamayo Vargas, Luis Felipe Alarco, Alberto Tauro, Luis Alberto Sánchez, Jorge Puccinelli, Manuel Beltroy, José Uriel García, Raúl Porras, Luis Jaime Cisneros, Félix Alvarez Brun, Ella Dunbar Temple, Pedro Benvenuto, Marta Hildembrandt, Miguel Marticorena, María Rostworowsky, Carlos Neuhaus, Estuardo Núñez, Carlos D. Valcárcel, Francisco Miró Quesada, Jorge Guillermo Leguía, Mariano Iberico, Carlos Cueto, Carlos Radiccatti, Emilio Barrantes, Carlos Araníbar, Pablo Macera, Guillermo Lohmann, Francisco Kauffmann, y muchas personalidades más cuya lista no estoy preparado para completar, rogando, al honorable auditorio perdonar las posibles muchas ausencias.

Así el oficial de Marina, sin olvidar a sus camaradas de la Armada, supo cambiar, con igual brillo, el Puente de Navegación por el Pupitre del catedrático. Pero los méritos y capacidad humana y profesional de este ilustre ciudadano no podían estar ausentes en una de las más trascendentales actividades de todo Estado: La Diplomacia. Prescindiendo de toda inclinación partidarista y con exacto conocimiento de su personalidad, diferentes gobiernos lo designaron para representar al Perú en países amigos del continente. En 1949 fue designado Ministro Consejero de nuestra Embajada en el Canadá. Después fue incorporado ante las Naciones Unidas, como Representante Permanente Alterno. Fue Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en el Ecuador. Igualmente y con el mismo rango presentó sus Credenciales ante los Gobiernos de las Repúblicas de Cuba y Venezuela.

En todas las representaciones que le tocara ejercer, Cabada supo cumplirlas con la mayor lucidez, prestancia y eficiencia. Sería muy extenso intentar una justa apreciación de su desempeño en cada una de ellas ya que es realmente abundante y rica la documentación que he podido alcanzar. En 1951, en momentos difíciles en las relaciones con Ecuador, nuestro Embajador envía informes del más alto interés relacionados con la política derivada del Protocolo de Paz, Amistad y Límites de Río de Janeiro, los proyectos para la construcción de carreteras de la ciudad de Loja a la de Zamora y su importancia para la creación de una frontera viva, la incidencia geopolítica de la Cordillera del Cóndor, la región de Zamora y analiza, con claro sentido, la situación y puntos neurálgicos de esos momentos, hoy felizmente resueltos.

Durante su actuación en Otawa, demuestra sólida formación de economía política al dar respuesta a un pedido de la Cancillería sobre la situación que confrontaban, en esos días, todos los países del continente, con el problema de escasez de divisas de los Estados Unidos y el consiguiente balance desfavorable y las medidas adoptadas por el Canadá.

Representa al Perú, como Embajador ante la República de Cuba, durante un largo período de cinco años, en una de las épocas más críticas de ese país, pues, bajo el gobierno de Fulgencio Batista, se iniciaban ya los movimientos revolucionarios liderados por Castro, joven de 26 años con evidentes afinidades comunistas. Al leer los sucesivos informes que va elevando a nuestra Cancillería, llama la atención su acertada apreciación de la situación que día a día vive la nación cubana, adelantándose con clara visión a los acontecimientos que seguirían, produciéndose, con los primeros brotes subversivos en el extremo oriental de la isla, los desembarcos expedicionarios y su internamiento en la llamada Sierra Maestra con las mayores altitudes del territorio, cuyas características boscosas y de montaña permitirían la preparación del asalto final que llevaría a la derrota del ejército y el triunfo de la revolución.

Quiso la suerte llevar al Embajador Cabada, durante sus funciones diplomáticas, a momentos trascendentales en la historia del Estado al que estuvo acreditado. Así, terminadas sus funciones en Cuba, es designado Embajador ante el gobierno de Venezuela. En enero de 1959 es testigo de una nueva asunción al poder de las Fuerzas Armadas, que, bajo la presidencia del Almirante Wolfgang Larrazábal, constituyen el último gobierno militar, después de diez años de contínuas Juntas de Gobierno, terminadas con la elección constitucional del Presidente Rómulo Betancourt.

Tomaría mucho tiempo hacer un acertado elogio de la labor diplomática de Teodosio Cabada, plurifacético personaje peruano en nuestra historia del siglo XX. Sólo me limitaré a expresar que supo cumplir con brillo los principios que regulan el objeto de tan importante misión; definidos como la representación cabal del Estado, el mantenimiento y desenvolvimiento eficaz de las relaciones amistosas entre los países y el permanente fomento de los vínculos culturales, económicos y científicos, asi como la apreciación seguida de la situación del Estado receptor y el ordenado informe al gobierno, a través del Ministro de Relaciones Exteriores.

Uno de los mayores méritos de Cabada, catedrático ejemplar, es quizá el haberse adelantado en el estudio y profundización de la obra magistral de Arnold Toynbee, casualmente contemporáneos, ya que el gran filósofo inglés nace en abril de 1899 y muere en 1975. Cabada, lo hemos dicho, nace en 1896 y fallece el 6 de abril de 1978. Intimamente compenetrado con la teoría e ideas del investigador británico, lleva a sus alumnos sus enseñanzas y nuevos conceptos, y es él quien tuvo el privilegio de haber introducido, en sus lineamientos generales, el enciclopédico estudio de la historia que abre nuevos horizontes a los académicos de todo el mundo. Hermann Buse de la Guerra, quien fuera alumno y gran admirador de Teodosio Cabada, escribió en una ocasión "... que con escasa diferencia de tres años, y no obstante los inconvenientes derivados de la crisis política

europea, Cabada exponía en su cátedra de San Marcos la obra innovadora y fundamental del gran historiador y filósofo británico, con justicia considerado como el Spengler del siglo XX".

Quienes, alumnos o circunstanciales testigos de su impresionante cultura, no podremos olvidar el calor y entusiasmo que imprimía a sus reflexiones sobre el estudio comparativo de las civilizaciones, su génesis, y el desarrollo de cada una en las sucesivas épocas y continentes. Muchas veces oí contar a viejos amigos, que tuvieron el privilegio de ser sus alumnos, la forma cautivante que imprimía a sus clases, el interés por transmitir su obsesión por el estudio. A estas cualidades, Cabada agregaba un don especial, no siempre común en las diferentes profesiones y sus más connotados conductores y creo que todo buen catedrático es ante todo un líder. Este don que denominamos carisma es un rasgo o facultad connatural, suerte de influencia psíquica que impregna una corriente de simpatía personal espontánea. Un don con el que se nace y no se adquiere por estudio o proceso de superación. De allí que sus clases no terminaban en el aula sino que se prolongaban en amenas charlas fuera de la cátedra.

Geraldo Arosemena Garland, uno de sus mejores amigos y más antiguo compañero de universidad, al despedir a "Toto", en nombre del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos , dijo: "... todos los actos de su vida fueron siempre regidos por el principio del honor y la lealtad. Hombre bueno, como pocos, fue dueño de un alma blanca, limpia, pura, inclinada a hacer el bien, a servir a los demás. Dotado de extraordinario talento, la vastedad de sus conocimientos y su singular preparación, justificaron que destacara en nuestros medios intelectuales. Era una enciclopedia viviente que repartía su saber con satisfacción, no habiendo conocido nunca la pretensión ni la vanidad".

Igual prueba de su capacidad como funcionario al servicio de Torre Tagle, representan sus múltiples y extensos informes sobre las labores del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas sobre el control de drogas narcóticas en las diversas regiones, masticación de la coca, geografía y nutrición en el Perú y su incidencia en los caracteres sociales, económicos y políticos respecto a los efectos de este hábito en los habitantes de las alturas, al igual que otros aspectos de la actividad internacional en los diversos campos.

El alto intelecto de Cabada ha quedado escrito en un gran número de artículos publicados por los diferentes diarios, revistas y publicaciones tanto del Perú como en los países en que le tocó residir. Fueron muchos los temas que abordó, particularmente de orden histórico, social, económico y de las relaciones entre los Estados.

Mencionaré entre ellos, un notable artículo que publicara el Boletín de las Naciones Unidas, sobre el peligro de la Economía de Guerra y su afectación ante cualquier interrupción del curso normal del comercio mundial para los países insuficientemente desarrollados.

En mayo de 1951, al celebrarse el Cuarto Centenario de San Marcos, el diario La Prensa, publicó un memorable estudio sobre la Universidad, su significación en la vida peruana, exponiendo la influencia en el medio en que ha actuado desde su creación, debido a su labor culturizadora y una vitalidad lozana que le ha hecho conservar su prestigio y su hegemonía cultural, remar-

cando que esa perdurabilidad, creó lo que se conoce como la tradición sanmarquina.

Incursionó, también, con éxito en la poesía y en el teatro. En uno de los años en que el 24 de junio se celebraba el llamado Día del Indio, en la Pampa de Amancaes, se presentó el sainette, en tres actos, "AMANCAYSITO", obra costumbrista de su autoría.

Marino, geógrafo, abogado, catedrático emérito, diplomático, escritor y poeta. Esposo y padre ejemplar, Teodosio Cabada bien merece ser considerado entre los más esclarecidos peruanos que, por especiales designios de la Providencia, surgieron de las cenizas del holocausto, en la última década del siglo XIX.

Al dar término a mis palabras esta noche, quiero referirme a la última circunstancia que me deparara el destino para conocer, aún más, a Teodosio Cabada, y lo hago porque ella es la sola razón de mi presencia ante esta ilustre Academia Nacional de la Historia. Cuando hacen ya treinticinco años, el Centro Naval del Perú que tenía el honor de presidir, conjuntamente con el recientemente creado Museo Naval, bajo la dirección de un connotado Oficial de Marina e Historiador, el Capitán de Navío Julio J. Elías, dimos comienzo a un caro viejo anhelo de contar con una historia naval y de la vida marítima, paralela a la Historia del Perú, empresa cuya magnitud nos alarmaba. Comprendimos que necesitábamos la ayuda de los mejores investigadores, científicos e historiadores para emprender con éxito tan difícil tarea. Félix Denegri Luna, cuya imagen y permanente recuerdo flotarán por siempre en los ambientes de esta Academia y del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú , y Ud., Señor Presidente de esta Academia, fueron los primeros en tendernos su mano generosa para recomendarnos a quiénes debíamos acudir para emprender una navegación que la sabíamos larga y expuesta a las contingencias de toda obra grande. La inmediata respuesta de notables científicos: George Petersen, Ramón Mugica, Jorge Sánchez, Esteban Zímic y Miguel Flórez, y de los sobresalientes historiadores: Hermann Buse de la Guerra, José Antorio del Busto, Guillermo Lohmann, José Agustín de la Puente, Félix Denegri, Alberto Wagner, Julio J. Elías, Fernando Romero, Raúl Palacios, Héctor López, Percy Cayo, Armando Nieto, el optimismo inquebrantable de Luis Felipe Villena y la profunda devoción por las más altas tradiciones navales de un selecto grupo de Almirantes y Oficiales, hizo posible levar anclas y llevar adelante la larga travesía. José Luis Bustamante y Rivero, al escribir su magistral prólogo alentó el común esfuerzo. Así, y gracias a todos estos esclarecidos peruanos, ha sido posible cumplir la Misión, uniendo en ejemplar sincronía el esfuerzo de civiles y hombres de uniforme.

Este largo periodo de trabajo ha permitido que los Oficiales de Marina nos atreviéramos a hablar de tesauros, citar a Hegel, o el positivismo de Comte. Y a los historiadores comentar singladuras, teatros de operaciones marítimas y autonomía en la mar. Pero ha dado lugar también a algo muy importante: Crear la inquietud por el estudio de la historia por los propios Oficiales de Marina. El Instituto, con el auspicio del Alto Mando Naval, ha hecho posible que varios oficiales en actividad o en el retiro sean matriculados en la Universidad, en la especialidad de historia, y

obtenido, otros, el bachillerato correspondiente.

Por otro lado, la Comisión de Estudios Estratégico-Marítimos, como proyección de la historia hacia una superación en las áreas de la geopolítica, la diplomacia, el derecho del mar, la industria y los intereses marítimos en general, nos ha dado la feliz oportunidad de poder alternar con nuestros más destacados diplomáticos, internacionalistas y hombres de empresa relacionados con el mar. En los años transcurridos, se ha logrado formar un excelente equipo de investigadoras, bibliotecarias, ejecutivos y secretariado, cuya capacidad es reconocida y solicitada por acreditadas entidades nacionales.

Debo resaltar, con especial énfasis, el caso del Señor Contralmirante Melitón Carvajal Pareja. Teniendo en consideración la gran importancia que los aspectos netamente militares gravitaban entre los años 1870 y 1876, así como el período de la Guerra del Pacífico, le solicitamos asumir el trabajo de cubrir esos períodos. Aceptó el reto. Su trabajo dividido entre los volúmenes 2 y 3 del Tomo IX representa no sólo un notable aporte al común esfuerzo, sino también la revelación de un extraordinario investigador y autor de nuestra historia naval. En unión del Padre Armando Nieto, se encuentra terminando los originales del Tomo XI.

El Comandante Teodosio Cabada González Prada, al iniciarse la investigación para cubrir el periodo republicano, fue de los primeros en subir a bordo. Y lo hizo con el mayor entusiasmo, aportando desde el primer momento su enorme cariño por la Marina y sus más puras tradiciones. Su ilimitada cultura, su devoción por la historia, su inacabable afán por transmitirnos sus enseñanzas, remembranzas y experiencias, fueron durante el proceso de la investigación oral, una fuente de inapreciable valor, no olvidaremos nunca su carismática presencia ni su inigualable ejemplo de Gran Señor. Sea éste mi modesto homenaje a tan ilustre peruano.